

Colina, Fernando, Desviat, Manuel y Pereña, Francisco. (2021). *La razón de la sinrazón. Capitalismo, subjetividad, violencia*. Madrid: Enclave. ISBN 978-84-122182-5-1. pp. 230.

El contexto de la Reforma psiquiátrica sobrevuela todos los artículos, como la necesidad de su cuestionamiento. Las reformas son temporales, apunta Colina, e hijas de su tiempo. Ha llegado, pues, la hora de poner en marcha otra para esta época. Esta reforma cuestionó el modelo psicopatológico hegemónico y permitió, en el marco del Estado de bienestar socialdemócrata, abrir puertas institucionales y poner en marcha otros modelos y prácticas clínicas. Medio siglo después parece llegado el momento de emprender otras reformas que avancen tanto en el trato clínico como en otras teorías y prácticas que liberen la voz del enfermo, atiendan su sufrimiento; y que en vez de medicalizarlo o patologizarlo sin ton ni son, se cuide mejor su salud mental, sin someterle ni adaptarle a la sociedad, “taponando la crisis subjetiva y sus razones y eludiendo la responsabilidad individual y colectiva” (Desviat, p.13).

La concatenación de la crisis financiera de 2008 con la sanitaria de 2020, ha agrandado las brechas de desigualdad que abrieron profundamente los recortes sanitarios y de servicios sociales de los gobiernos neoliberales, en su intento de desregular los sistemas de protección social públicos: el sistema de sanitario, el educativo y los servicios sociales.

Fernando Colina y Manuel Desviat abordan la “querrela epistemológica”, es decir: el debate sobre el carácter científico o experimental de la Psiquiatría, y las dos corrientes en lid: aquella que incorpora o excluye la idea de enfermedad mental, entendida como dolencia psíquica sin lesión orgánica; es decir el debate entre empiristas o biologicistas, que se apoyan en el enfoque basado en la evidencia –aún por demostrar– del paradigma oficial; y los subjetivistas o los movimientos asistenciales críticos para quienes “la locura no es una enfermedad sino modos de subjetivación singulares, formas particulares de sufrimiento poco normalizados o curados por uno u otro procedimientos” (Colina, p. 167). Esta querrela lleva al debate político sobre si es mejor aislarlos por el bienestar social y por el bien del alienado; o si hay que atenderles en la sociedad, manteniendo la tensión que pueda generar (p. 167).

Desviat incide en el peso que tienen las “creencias inusuales” en quienes no pueden afrontarlas solos, por el sufrimiento individual y social que les comporta, pero también por la exigencia de una ayuda para preservar sus derechos, entre ellos el derecho a ser personas distintas, y a convivir con esa distinción. Por este motivo, estos psiquiatras críticos tienen claro que la reflexión sobre la subjetividad no se puede hacer al margen del contexto socioeconómico y los determinantes sociales.

Coinciden en muchos aspectos, desde diversos puntos de vista, con el planteamiento de la deriva de la psiquiatría comunitaria en la actualidad. Colina considera que, tal y como se practica ahora, carece del contenido liberador anterior, porque vuelve a encerrar al paciente diagnosticado como crónico, pero “con papeles”, en unos espacios más pequeños –los “terricomios”– y con mayores garantías que antes, pero sin conseguir todavía llegar a conocer el sufrimiento psíquico, es decir: la locura en su especificidad subjetiva.

Por otro lado, los modelos convencionales han ido ocupando los espacios de los actores que han ido dejando los líderes y educadores que la llevaron a cabo, sustituyendo sus contenidos con modelos explicativos más simples y fáciles de asimilar para entender antes las enfermedades que a los enfermos (Colina, p.175).

Desviat habla de potenciar otro concepto de comunidad más complejo y tenso, que contenga la diversidad social, de intereses y culturas, y que cambie “las reglas de juego para que puedan cohabitar los diversos con los demás, con los mismos derechos en los mismos espacios, en la misma vida” (p. 217). Es decir: “descolonizar lo común” con la sociedad de bienestar, no con el Estado de bienestar socialdemócrata, tratando sí el sufrimiento psíquico, pero atacando las causas sociales y emocionales y asumiendo “lo social como categoría histórica y el conflicto como elemento inherente a la vida” (Desviat, p. 215).

Colina huye del aquel subjetivismo reductor o psicologicista que no tiene en cuenta las explicaciones biológicas ni la influencia de la historia y los aparatos políticos de la sociedad en los modelos que impiden el abordaje crítico de la salud mental. Hay que tener en cuenta, dice, que la realidad no es neutra ni objetiva ya que depende de la teoría que valore la observación, y está subordinada a la ideología y la política que la sostiene. La interpretación de los hechos, por lo tanto, es siempre parcial por su dependencia teórica y tendenciosa por su supeditación política (p. 186).

Este autor es más duro que Desviat con las políticas asistenciales por las trabas que ponen a la emancipación de los locos, porque construyen al enfermo mental pasivo, como objeto de la medicina y, a la vez, como sujeto de consumo. Como objeto lo va construyendo la práctica terapéutica con su pasión por el diagnóstico y los protocolos; como sujeto por el consumo de psicofármacos y de servicios de empresas privadas que los proporcionan y se les paga con dinero público directa o indirectamente con las prestaciones sociales de los interesados. En fin, por la confluencia en una misma persona de dos procesos el medicalizador y el patologizador.

Colina propone una nueva teoría psiquiátrica crítica que obligue a explicitar la dirección clínica y la elección política capaces ambas de comprender los fenómenos psicopatológicos y orientar el compromiso asistencial, de acuerdo con dos principios: que se usen los mismos instrumentos teóricos para entender la locura y la cordura sin cortes epistemológicos, sino como un *continuum* - de iguales dificultades y soluciones distintas a situaciones similares de desamparo, soledad, etc.; que se diferencian en cómo hieren y con qué recursos se defienden en un caso y en el otro; y el compromiso ideológico-político de defender la salud mental incluyente, en la que los locos son ciudadanos que conviven a su manera, y no unos enfermos a los que hay que atender, curar y normalizar (pp. 189-190).

Es muy interesante también en *Elementos para un estudio de la violencia psiquiátrica*, el análisis de Colina sobre los profesionales como agentes de dolor, por el sufrimiento que a veces sus intervenciones acarrear, como resultados de relaciones de poder jerárquicas ineludibles y constantes en el oficio, y que parece que es un problema que solo preocupa a la Psiquiatría crítica. Analiza los distintos conceptos de violencia, no solo la que ejercen los individuos sino las estructuras y los modos de conocimiento; y contra los cuales se rebela a veces el loco y cuando lo hace, se pregunta el autor, es ¿cómo ciudadano o cómo enfermo? Desmenuza lo que entiende por violencia innecesaria, la de los medios y de la de las manifestaciones. Considera innecesaria la violencia, entre otras prácticas, de los diagnósticos y los protocolos no solo porque obedecen a objetivos falsos sino por sus consecuencias jerarquizadoras, estigmatizadoras, categorizadoras y creadoras de la brecha que separa a estas personas de la sociedad.

Por su parte, Francisco Pereña, en *Por sus obras los conoceréis*, recapacita sobre la mirada eurocéntrica y complaciente que interesa a unos pocos, a los que definen como progreso lo económico y lo tecnológico, pero se despreocupan del progreso moral; sobre cómo arrasa la naturaleza y la vida, propia y ajena, destruyéndolas. Reflexiona acerca de la capacidad del ser humano de generar(se) miedo; miedo al otro, el vecino, al que no conoce ni tiene interés en conocer, pero al que combate provocando miedo. Encuentra algunos elementos de reflexión acerca del fascismo de antes y el de ahora: aquél afrontó la disolución de la “cohesión social” con el nacionalismo, y favoreció la expansión del capitalismo a las clases populares. La guerra sirvió también a esta expansión del capitalismo económico e ideológico, y salió fortalecido el Estado, por encima del mercado, la sociedad e las instituciones.

En Europa, la guerra ha sido funcional a los intereses de la industria y el capital por su capacidad destructiva-constructiva: destruye industrias y ciudades que ya no interesan o no importan para construir y renovar la acumulación del capital. Sin embargo, de la posguerra emergió también un Estado social(demócrata) que generó un cierto bienestar social, con parámetros de la modernidad actualizados, con una legitimación mayor de las democracias –también gracias también a la explotación de los países terceros para atender al acceso a los bienes de consumo y, por lo tanto, al incremento de la demanda de los trabajadores incorporados al sistema capitalista como consumidores.

En otro artículo, *El amor y la fuerza: a propósito del fantasma sadomasoquista*, Pereña aborda las consecuencias de la modernidad, en relación con la desaparición de la solidaridad y triunfo del egoísmo, como virtud de prosperidad económica y garante de la protección atemporal para unos, mientras para otros se traduce en miseria. Unos y otros se rigen por reglas de doble moral: la ley del bien común aplicable solo a las sociedades democráticas y la ley del mercado para las demás. El autor se pregunta por qué con la pandemia Covid se vuelve a evocar la solidaridad y ayuda mutua y encuentra una respuesta clara: por miedo y porque los muertos son nuestros muertos. Los otros, aunque cercanos no interesan.

Se pregunta también si esta crisis sanitaria puede representar el fin del capitalismo. Señala algunas analogías y diferencias para el capitalismo entre los dos momentos históricos: la guerra y el fascismo y el actual de las crisis sanitarias. El fantasma de la guerra, dice el autor, es más difícil de agitar por su potencial nuclear destructivo, pero no porque no le interese al sistema –se lee en “El fracaso de la política y la necesidad de la guerra” (pp.129-136) en este mismo libro. Sin duda el autor piensa como escenario en una guerra en Europa, ya que otras guerras “locales” están bien prendidas y en curso (y todavía no había estallado la de Ucrania cuando se editó el libro).

El autor no parece muy convencido de que el encadenamiento de estas dos crisis, la financiera y la sanitaria, puedan suponer la caída del capitalismo como sistema, ni que la revolución telemática tenga mucho futuro. Además, las crisis económicas han servido históricamente para reorientar el sistema capitalista hacia la modernización industrial y, ahora, hacia el sistema financiero y telemático

Por un lado, se vuelve a hablar de solidaridad, porque ha caído la protección social que se presumía atemporal resultado del pacto social. Por el otro el miedo hace buscar al enemigo fuera de los muros que se presume protegen. Con argumentos simples se buscan explicaciones fáciles, se busca en el exterior el foco de la infección viral, mientras se oculta la virulencia de los “focos de infección” del mercado de capitales.

Por otro lado, aquellos sistemas políticos democráticos que habían salido reforzados entonces y que pusieron en marcha el Estado de bienestar, ahora están siendo desacreditados desde dentro y por afuera.

El nuevo Estado que salga de estas crisis no puede ser neoliberal ni tampoco fascista, si no se quiere correr el riesgo de volver a la barbarie: es decir, encubrir con la felicidad lo que es fragilidad, angustia, desamparo, y falta de solidaridad con el otro. El ejemplo de la Comunidad de Madrid donde con el eslogan de libertad de diversión oculta el despilfarro del dinero público, el cierre centros salud, desmantela atención primaria, desprestigia la enseñanza pública, se olvida de los pobres.

Un Estado socialdemócrata que corrija la barbarie neoliberal privatizadora, supondría la vuelta al protagonismo de la sanidad pública (a la privada le ha ido muy bien con la financiación pública; así como el desarrollo de una investigación médica preventiva, más allá de la farmacológica; que destine más recursos a la educación pública

y menos a la privada que ya es un negocio; así como que se creen áreas libres de rentabilidad económica para la innovación.

El contenido filosófico del artículo de Pereña *El amor y la fuerza: a propósito del “fantasma sadomasoquista”* es muy complejo e interesante. Parte de la idea de que en origen el yo no es un concepto sino un sentimiento de existencia (Kant), y cómo, por un lado, va a buscar el cuerpo del otro para sentir la continuidad de existencia; y, por el otro cómo interpreta al otro como figura de protección y de persecución. Ambas figuras tienen poder, el de proteger y destruir. La realidad exterior se construye, pues, como ámbito colectivo.

Pereña pone un ejemplo esclarecedor de lo que entiende por “fantasma sadomasoquista” con los negacionistas del Covid-10 y la simple función de construir un enemigo malvado y poderoso externo para dañar a la humanidad, para no poner en tela de juicio el orden social, en teoría protector, pero en la realidad de la pandemia, deja indefensos y desamparados y pone en peligro la existencia colectiva.

Desarrolla la idea desde la república de Platón con la “mentira necesaria” como elemento fundacional del vínculo social y el orden social de *la polis*, y como se va refundando la unidad colectiva, recurriendo a la guerra, con una cierta.

Posteriormente se detiene en el proceso de construcción del yo corporal, entendido como continuidad de existencia, sin el sentido interno de intimidad y la separación que permite la articulación de la demanda que brota del desamparo (p.143), que, de no darse esa separación, esa intimidad del cuerpo como espacio de sensibilidad, el modo de mostrarse será el temor.

A la hora del vínculo colectivo, de formar el grupo social, porque es en el grupo donde se realiza su pretendida unidad hacia la protección y se orienta a la identidad y pertenencia, es en este espacio donde se construye como la unidad del yo. El eje de idealización, protección y temor es el del vínculo social del orden colectivo, de pertenencia al grupo como protección y, a la vez, del temor a la exclusión de esa pertenencia e identidad, que por ser jerárquica posee poder y se puede elegir, capacidad que le atribuye el propio elegido. Es decir, de una mentira necesaria parte la unidad del grupo y su continuidad.

Se trata de un libro colectivo con un sugerente título y un contenido muy interesante para trabajo social. Desvial, Pereña y Colina desde una perspectiva crítica abordan temas de especial interés y suma actualidad. Todos los artículos se abordan desde una perspectiva de la psiquiatría crítica en salud mental, confrontan teorías y prácticas con otras corrientes, la humanista y la empírica, con rigor y una riqueza de reflexiones y autores que invitan a la lectura. Es, pues, un texto imprescindible para entender claves del vínculo social, para afrontar los nuevos desafíos del trabajo comunitario, las nuevas formas de gestión social desde una perspectiva crítica para el trabajo social.

Concepción Vicente Mochales
Facultad de Trabajo Social
mcvicent@ucm.es